



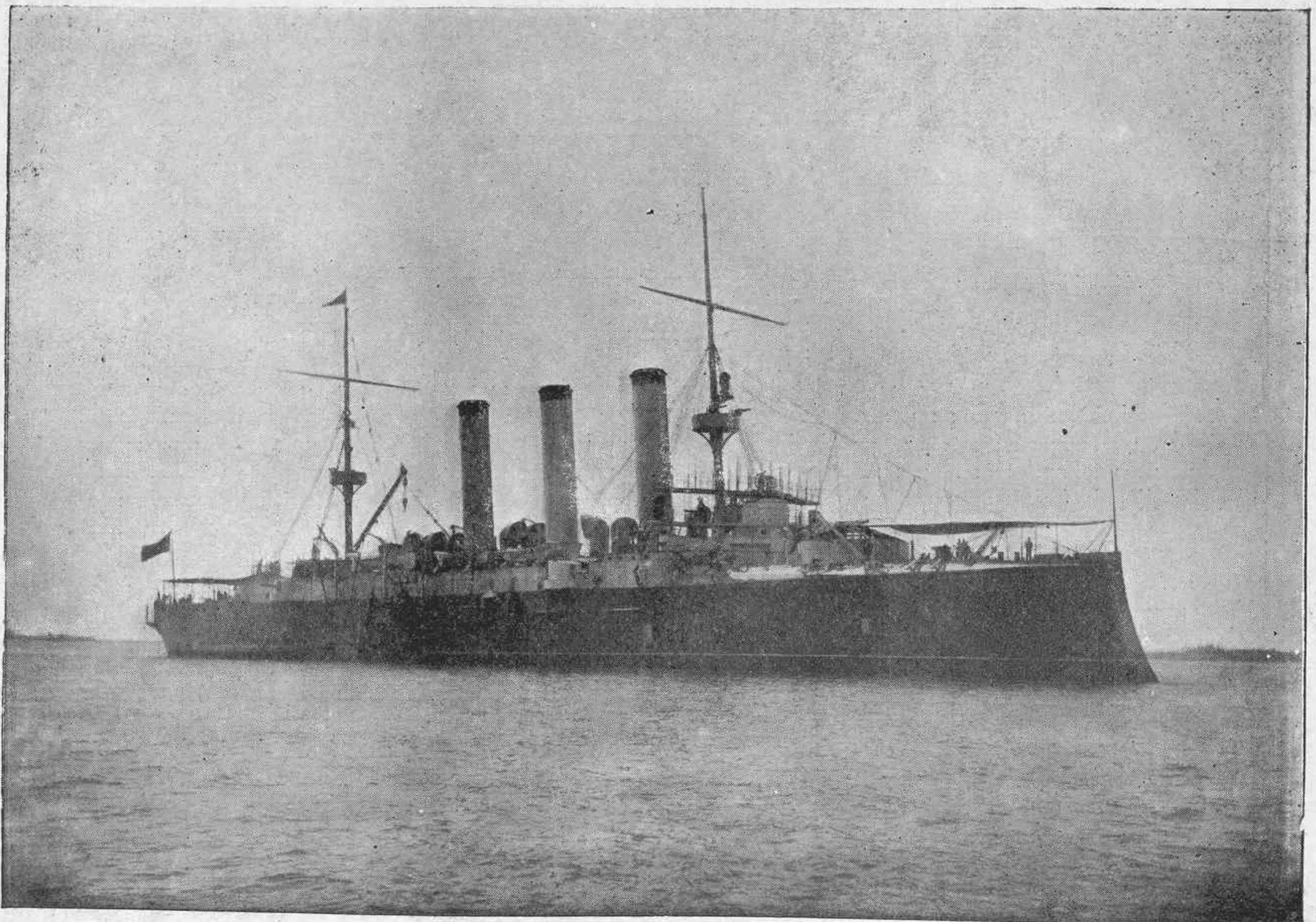
SEMENARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

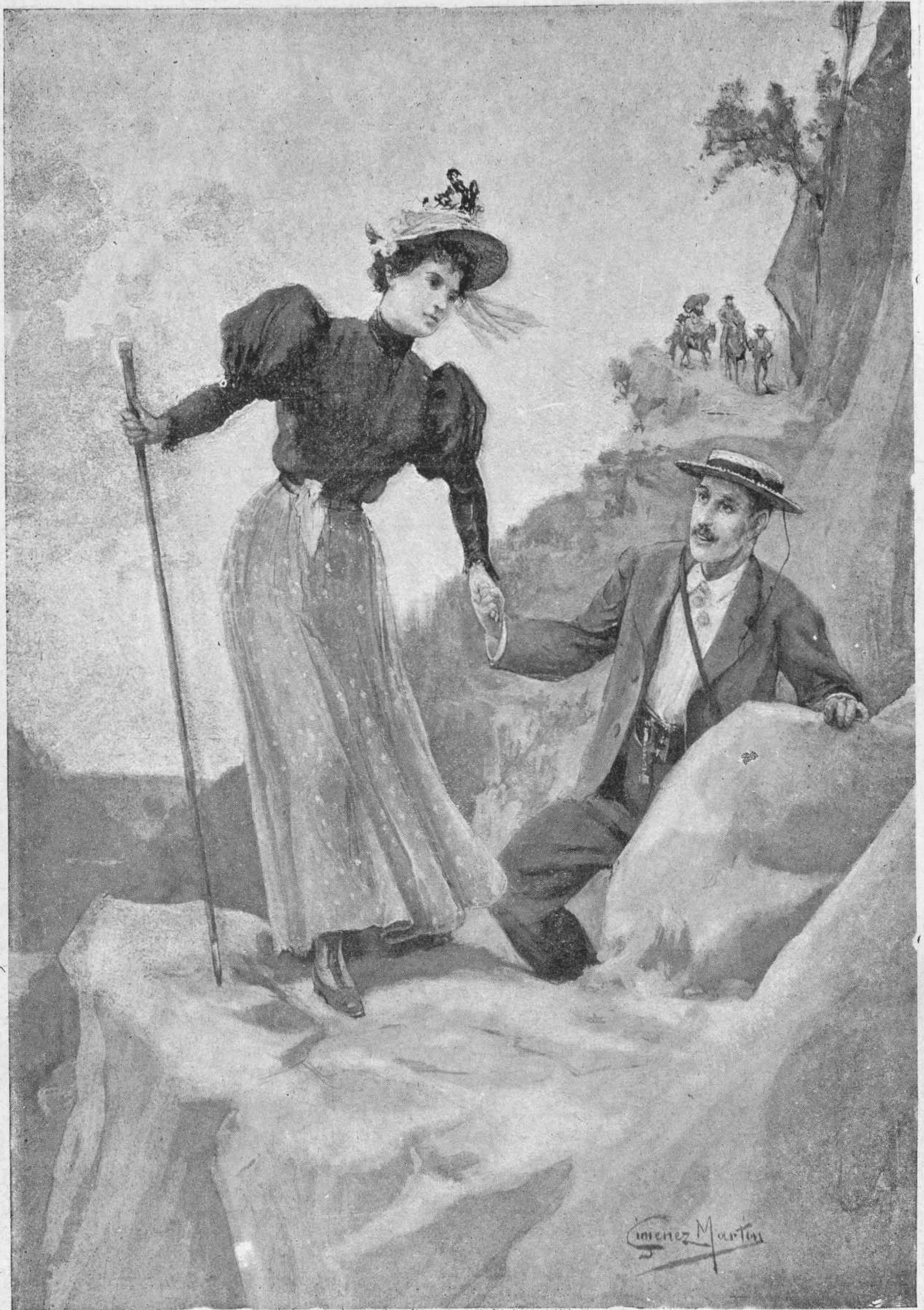
DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

NUESTRA MARINA DE GUERRA

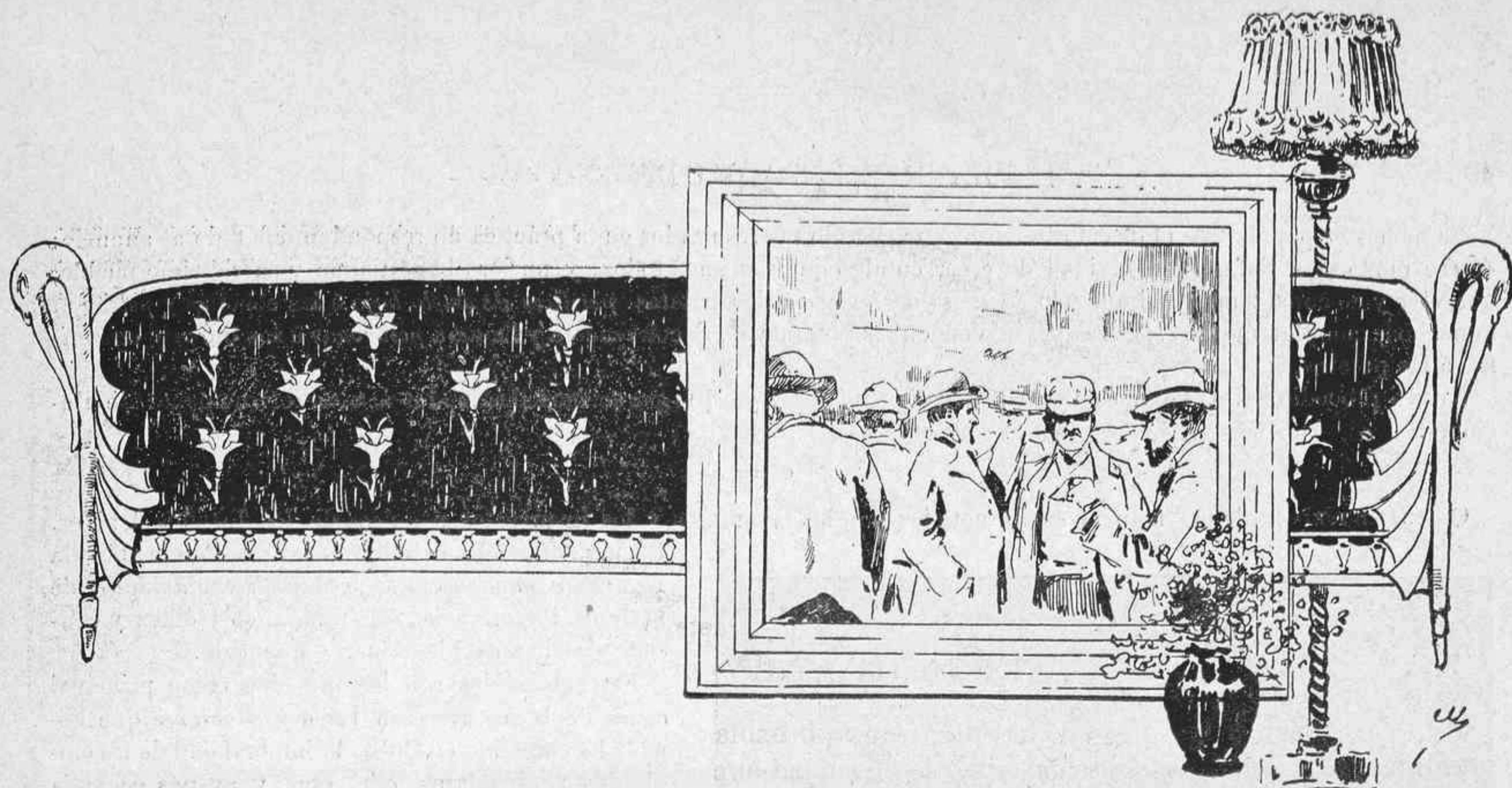


EL NUEVO ACORAZADO «CARLOS V» EN RUTA PARA EL HAVRE.
(De fotografía.)

VERANEANTES REZAGADOS



UNA ASCENSIÓN A LOS PIRINEOS, DIBUJO DE JIMÉNEZ MARTÍN.



COMENTARIOS

¡Ya estamos aquí todos! Ya andan por esas calles de Dios, enseñándose mutuamente las caritas de piel dorada por la brisa del mar ó por el viento de la montaña, las señoritingas veraneantes. Los teatros, los círculos y.... las oficinas públicas recobran su animación.

Todo el mundo se muestra decidido á seguir matando el tiempo de la manera más agradable, ya que ésta es nuestra ocupación favorita.

Los que regresan abordan triunfalmente á los que nos hemos quedado, á las ostras y lapas de Madrid, con grandes muestras de júbilo y enormes aspavientos y mucho abrir de brazos, como quien vuelve á la patria y á ver caras conocidas al cabo de veinte años de ausencia. Están satisfechos; han *viajado*, porque aquí es viajar darse una vuelta por el Sardinero, ó *internarse* en Biarritz, en Lourdes y en otros puntos de los señalados en el mapa imaginativo de nuestra burguesía con el nombre y el color de *Terra incógnita*; y como han viajado, traen cien mil novedades que referir y cien mil descubrimientos que revelar.—¡Calle usted, hombre! ¡Aquel Sardinero, aquella Concha, aquella playa de los Locos!.... ¡Si es lo que hay que ver!—Y los que vuelven de la Granja no se quedan atrás en las ponderaciones:—¡Lo que nos hemos divertido! Imagínese usted que hace tres días estábamos todos vestidos con la ropa vieja de invierno que, por precaución, habíamos llevado, y ¡nada, que dábamos diente con diente, así, como suena! ¡Es delicioso!—Luego viene el capítulo de preguntas y lamentaciones:—Bueno; y usted, ¿qué opina? ¿Hay crisis? ¿Es verdad lo del *ultimatum*? ¿Se arregla esto? ¡Yo no sé lo que va á pasar aquí! ¡Como que no hay previsión ni tacto para nada! Ya ve usted, el país ha agotado ya todos sus recursos. Aun yo no sé cómo voy á arreglarme después de la *crujía* pasada en San Sebastián y en el casino de Biarritz, entre aquellos príncipes rusos y aquellos *rastaqueros*.... Y ahora se presentan el problema de la ropa de invierno, el problema del Real, el problema de los toros y el problema de los pagarés.... ¡En este país no es posible la vida! Por lo pronto, hay que mudarse de cuarto: ya le ofreceré á usted la nueva casa.... Sí, es natural; tengo un casero muy mal educado. ¡Qué caseros los de este país! ¡Y á todo esto el pan por las nubes, y los billetes del teatro poco menos! ¿Le parece á usted regular pedir tres pesetas por una butaca de la Zarzuela, como tuvo la osadía de pedirme anoche un revendedor?.... Pues, nada, que se empeñó y tuve que dárselas: había que ver á la Segura en *El ángel caído*, y á Manolo Rodríguez en *El dúo de la Africana*, porque, claro, vuelve uno medio salvaje y es preciso ir ilustrándose, entrando en caja poco á poco.... Y usted, ¿no dice nada? ¡Cómo se deben de haber aburrido ustedes en Madrid este verano! Ya ve usted: toda la buena sociedad por el Norte; los crímenes notables en el Norte; la marcha de Taylor, la llegada de Woodford, todo lo hemos visto, y lo hemos tocado, como quien dice....

—Pch, pues aquí hemos ido tirando con *Agua, azucarillos y aguardiente*, cosa barata y sana; y para variar, nuestro poquito de *coin*, donde nos hemos dejado algunas pesetitas sueltas, y para rematar la temporada, con los *achantis* y demás nos vamos defendiendo. Ahora ya tenemos abiertos no sé cuántos teatros; vamos á dar la alternativa á *Pepe-Hillo*; habrá unas miasmas de crisis.... En fin, que el mundo no es tan malo como dicen los pesimistas....

El hombre menos pesimista de cuantos he conocido, el insigne dramaturgo D. José Echegaray, ha sido el portador de la buena nueva á España.

Se ha descubierto algo que, si no es la piedra filosofal, se le parece mucho: la manera de convertir la plata en oro. Don José no ha visto aún practicado el procedimiento, pero tampoco había visto *funcionar* los rayos X cuando los anunció, si mal no recuerdo, en el mismo *Liberal*, donde habla hoy del *argentaurum*.

Tengo una fe tan grande en D. José Echegaray como hombre de ciencia (y como dramaturgo, más todavía), que apenas leí su artículo saqué un duro y quedé plenamente convencido, y cierto, de que poseía una onza de oro, una auténtica y legítima pelucona, y mi único deseo sería comunicar á ustedes, si fuera posible, esta impresión negativa; porque ustedes no pueden figurarse la tranquilidad y el aplomo que infunde al individuo esta convicción.

Es menester popularizar el descubrimiento, aun cuando sus resultados en la práctica no respondan del todo al anuncio: de ese modo se satisfará la necesidad de creer en algo que sentimos todos, y nuestro benditísimo y sufriendísimo pueblo, que vive y se considera feliz llamando *jamonés de huerta* á las patatas, *perdices de vuelo bajo* á las cebollas y *peleón* al aguachirle completamente *ortodoxo* que le venden los taberneros, se convencerá y llamará *peluconas* á los duros y *ochentines* á las pesetas.

Nuevo procedimiento, como se ve, para seguir viviendo, ya que parecemos destinados á vivir eternamente de ilusiones.



Quienes no viven de esa manera según noticias, son los laborantes y los insurrectos *pacíficos* de los Estados Unidos.



¡QUIEN QUIERE EL AGUA!, BARRO DE D. ENRIQUE MARÍN.
(La Srta. Segura en *El Ángel caído*.)

Recientemente ha habido en el *Tesoro* de la ridícula *República cubana* cuatro ó cinco *irregularidades* de bastante importancia, que á Máximo Gómez y consocios les han sabido á cuerno quemado.

Estos bandidos son los que dan como principal causa de la insurrección las *depredaciones* que España ha cometido en Cuba, la inmoralidad de los empleados peninsulares, etc., etc., y apenas echan la vista y la garra á cuatro cuartos para la *santa causa* de la insurrección, ya están *liquidándolos* con la mayor frescura.

Uno de los ladrones, procesado ya por los tribunales *yankees*, es el titulado general Roloff, *ministro de la Guerra* de la susodicha República: un *Roloff* polaco ó ruso que *da la hora*.

Ahora comprendemos por qué no se han ido ya á la insurrección los tan acreditados ratas, espadistas y timadores de Madrid: por miedo á que les robase los ahorros y hasta la camisa algún ministro insurrecto ó el mismo *presidente* Méndez Capote, quien probablemente habrá *afanado* su segundo apellido.



Como reverso de esta medalla filibustera, y como argumento en favor de la moralidad administrativa *proverbial* en España, puede presentarse el caso de ese individuo que ha enviado al Alcalde, Sr. Sánchez Toca, tres pesetas en sellos para compensar al *Tesoro municipal*, del fraude que le hizo introduciendo en Madrid *de guagua* mercancías que debían pagar derechos de consumos.

¿Dónde se ha visto conciencia más escrupulosa? Es indudable que aquí la moralidad la tenemos en la masa de la sangre, que todo eso del matute es pura fábula, y que el fraude no se ha conocido ni se conocerá nunca en este dichoso país.

¡Para que Roloff devolviese tres pesetas de adeudo por consumos!



¿Han sabido ustedes que Francia parece dispuesta á hacernos un regalo? Pues, sí; nada menos que la República de Andorra quieren regalarnos, en vista de que á ellos les sale cara y de nada les sirve.

¿Y para qué nos serviría á nosotros, que ya hemos sacado de allí una zarzuela del *género grande*? ¿Quién no recuerda el *viejo pastor* que salía cantando aquello de

*El viento de sus montañas
mi cuna mecióo...?*

Pero algo más que mecer la cuna del pastor hace el viento de aquellas montañas. En Andorra se cría excelente ganado mular, y los más de los andorranos son muleros ó marchantes de este género.

En tal sentido, la adquisición de Andorra quizás nos fuese útil, porque ¡país más necesitado de *muletas* que España!....

F. NAVARRO Y LEDESMA.

LA VUELTA DEL VERANEO

Las primeras brisas otoñales son el toque que anuncia la dispersión de todos aquellos que se han permitido el lujo de ir á *sulfurarse* ó á *pulverizarse* á los establecimientos de aguas minerales, y de los que durante el verano han sido huéspedes de las diferentes playas españolas.

Este es el momento más temido por los bañistas.

Porque entonces se inaugura la era de los *sablazos* á domicilio, y el ciudadano que tenga fama de adinerado se ve en la necesidad de salir á la calle blindado como un buque de guerra ó, por lo menos, escoltado por un tercio de la Guardia civil, para evitar la acometida de algunos prójimos de la clase de Pinis.

También llega el terrible momento de las propinas.

Los camareros de las fondas y demás funcionarios de mandil blanco no dejan un momento de hacerse visibles á los señores desde que éstos comienzan á preparar el viaje de regreso.

¡Y qué finos son todos ellos!

—¡Feliz viaje, señorito!

—¡Hasta el año que viene!

—Que le sienten á usted bien los baños.

—Que no le repita el dolor.

—Que la señora salga bien de su cuidado.

El día en que se logre la supresión total de la propina habremos dado un paso gigantesco en el camino de la civilización.

Las propinas constituyen uno de los capítulos más importantes en el presupuesto del bañista.

La juventud bulliciosa é irreflexiva, que padece bajo el yugo de las pasiones, es la que más teme el momento de abandonar los lares veraniegos, donde tan plácidas y tranquilas se han deslizado las horas durante la estación de los calores.

¡Cuántos idilios corta de raíz la presencia del otoño!

¡Cuántas esperanzas desvanecen!

¡Cuántos proyectos matrimoniales echa por tierra!

Porque, es claro, con el calor se desarrollan las pasiones de un modo extraordinario, y sucede que aquel que en invierno no sería capaz de sentir el menor afecto hacia la propia Venus, en cuanto llega el verano





se siente con valor para enamorar á su señora madre política.

Todo lo cual patentiza la poderosa influencia moral que ejerce la temperatura sobre el individuo.

Para terminar estos apuntes, me he dedicado á visitar las estaciones á la hora en que llegan á la corte los trenes de bañistas.

Mi primera visita fué para la estación

del Norte, y llegué en el crítico momento en que hiciera su entrada el segundo *expreso*.

La llegada de los viajeros del Norte es fría, ceremoniosa, incolora. Llegan, saludan ó abrazan á las personas que les esperan en el andén, según el grado de confianza que tengau con ellas; preguntan por la cotización de la Bolsa durante las últimas veinticuatro horas; dan á los criados, mozos y lacayos los objetos que traen, incluso aquellos que compraron en Hendaya, Biarritz, San Juan de Luz, y que introdujeron en España de matute; suben al coche..... y á casa.

Otra mañana me encaminé á la estación de las Delicias para presenciar la llegada de los bañistas procedentes de Portugal, cuyas playas son actualmente las más favorecidas por lo que en el *argot* del socialismo se llama *la burghesta*.

Pero, ¡qué cuadro tan distinto! ¡Qué diversidad de tipos! ¡Qué escenas tan animadas!

Cada expedicionario saca del vehículo en que ha hecho el viaje la cesta, las maletas, la sombrerera y todos esos mil chismes que constituyen una impedimenta aterradora para los viajeros.

Después, unos toman por asalto los *simones* que se hallan situados en el patio de la estación, y otros, más por estirar las piernas que por economía, suben *á pédibus* la terrible cuesta del paseo de las Delicias.

Réstame sólo decir cuatro palabras de la llegada de un tren *botijo* á la estación del Mediodía.

Los viajeros de esta clase de trenes son mucho más modestos que los que llegan por las antedichas estaciones, pero más alegres.

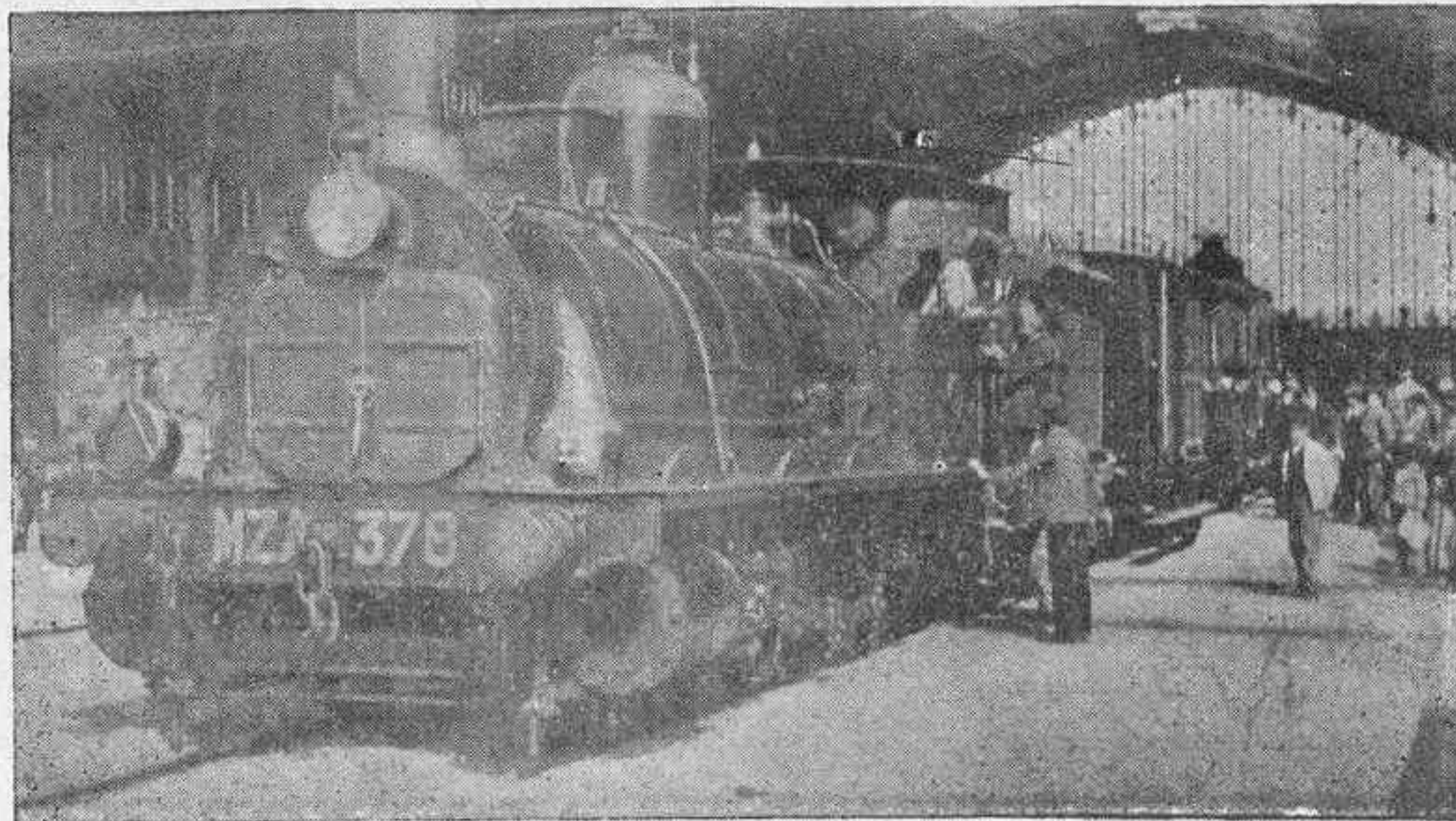
Apenas el tren hace alto, una vez terminada su larga caminata, los *botijistas* abandonan presurosos aquellos hornos ambulantes, llamados coches de tercera, donde han pasado veinticuatro horas mortales sufriendo pacientemente las molestias del calor y del polvo, las impertinencias del niño que llora ó hace otras cosas peores, ó las del compañero de viaje que se desmereza y le mete á su vecino un puño por la boca ó un pie por el costado.

Cada viajero se viene con algún recuerdo de Alicante ó de las estaciones del tránsito: unos traen sandías enormes; otros, aguardientes de Monóvar; éstos, ajos de Villena; aquéllos, navajas de Albacete, y casi todos ellos tortas de Alcaraz.

Cuando estos apuntes vean la luz pública después de haber hecho gemir á la prensa, las playas y balnearios donde tantas y tan diversas escenas se han desarrollado durante el verano ya estarán completamente desiertas, salvo aquella en que quede algún rezagado que quiera apurar la colilla del veraneo.

(Dibujos de Mota y Andréu)

MANUEL SORIANO.



EN LA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA.



PRELUDIOS DE UN IDILIO, DIBUJO DE LEZCANO.

REGRESO DE BOTIJISTAS



INTERIOR DE UN COCHE DE TERCERA, DIBUJO DE ANDREU.

LO QUE RUEDA POR MADRID

II

LOS CARROS DE LA LIMPIEZA

El de la basura.—Un tintineo agudo y repetido de esquila que avisa llena de pronto la calle, que se despierta de su sueño, se oye un «sóo» bronco, y el carro cargado de broza, con su neptúnico carretero armado de tridente, de pie derecho sobre la basura que escarda, guardando los restos de los periódicos en los sacos colgados por fuera en las esquinas del vehículo, llega y se para, para dar lugar á que las criadas bajen las espuestas y las vuelquen ante el dios de lo alto los barrenderos diseminados por el lugar con sus grandes escobas en ristre.



Es el primer carro del día, el carro paria, condenado á ruedas sucias, á mulas escualidas, al desprecio y á la mofa. Y, sin embargo, con una abnegación oscura, él sale tan temprano para que, cuando Madrid se lance de la cama, se encuentre la calle limpia. Y Madrid le

paga el servicio denigrándole, comparando á todo lo puerco con el carro de la basura.

La carretilla.—Allá va, re-balando sobre su tosca y bronca rueda, «hecha á puñetazos», descansando en las dos manazas del rapaz galaico, metido, con su morriña y su roña, en la blusa azul. El compañero, mozallón de las tierras bajas, agrupa con la escoba la basura de los pisos y se la echa en la pala al conductor de la carretilla. La hora de salida es después del mediodía; su misión, recoger lo arrojado á la vía pública con posterioridad á la aparición del carro matinal. Podría decir de la carretilla, que es la ronda menor del aseo callejero.



Madrid considera como una ofensa sangrienta el que se le llame gallego, y de gallego tilda al que insulta. Y sin embargo, sin los gallegos quizás no existiría esa pareja humilde de la carretilla que le barre los empedrados á última hora.

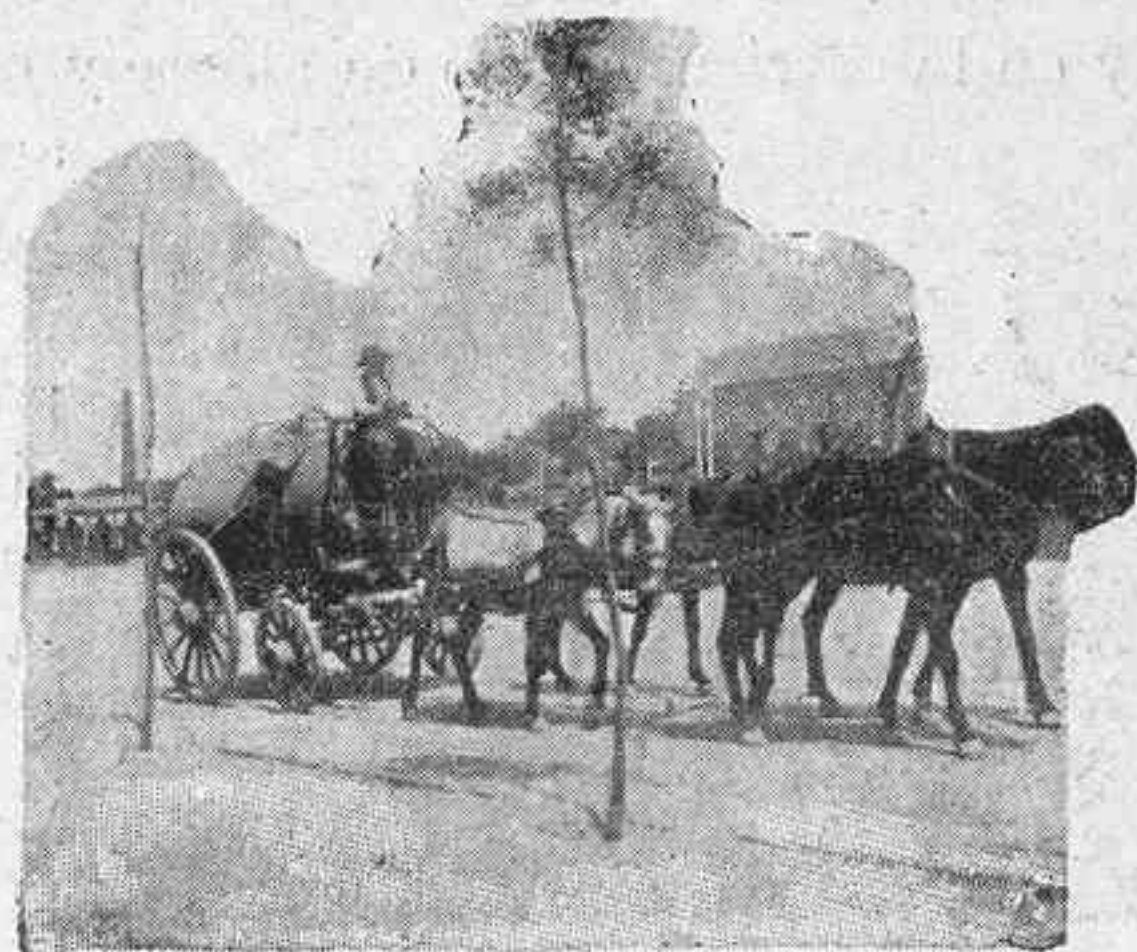
La carreta del estiércol.—Pesada, lenta, con sus grandes ruedas cubiertas por una prehistórica capa de barro y su pareja de viejos bueyes babosos arrastrándola, delante el carretero enristrando la pértiga, dejando tras de sí un picante olor á cuadra, rebosando el estiércol sobre los bordes del vehículo y cayendo al suelo alguna pella cuando las desigualdades del empedrado hacen vacilar la carreta, cruza ésta Madrid, dirigiéndose siempre del centro á la periferia, como diría el bueno de D. Hermógenes.



Fácil es adivinar adónde se dirige. Envuelta en la misma nube de polvo si se desliza el estío, ó chapoloteando por iguales charcos si corre el invierno, se la encuentra camino de la Guindalera, de la Puerta de Toledo ó de

la de Segovia; va al huerto á llevarle «la comida» á las lechugas y escarolas «como la nieve», con que á su debido tiempo se regala Madrid, y que sin ese estiércol acre resultarían desabridas, insulsas

Los carros de la desinfección.—Los transeuntes de las afueras encuentranse de cuando en cuando un extraño convoy, constituido por varios armazones de camión que sostienen recios cilindros de hierro pintados de gris, con grifos dorados, campanas de cristal y reguladores, una estufa con su chimenea humeante y un furgón con respiraderos de celosías, arrastrado todo por mulas. Si D. Quijote hubiérase encontrado de manos á boca con semejante tren, no hay duda que para en firme á Rocinante y arremete con los endemoniados sin más averiguaciones.



Hace unos cuantos años no se conocía en Madrid el extraño convoy. Desde que rueda por sus calles, sabe Dios las vidas que se han salvado. Porque su misión es limpiar los pozos negros que aún quedan en las zonas donde no se construyó todavía el alcantarillado, servicio que costó siempre la existencia á muchos obreros incautos, víctimas de los gases deletéreos, y que hoy se realiza sin riesgo alguno por medio de profundas mangas que asuccionan el *dehritus* y de la estufa de vapor que desinfecta enérgicamente.

Espanta el considerar lo que semejante operación significaba antes en una de esas colmenas de trescientos vecinos que se llaman casas de vecindad, en que los cuartos no suelen tener otro hueco de luz y ventilación que la puerta del piso abierta al corredor; en que los excusados radican al extremo de las galerías, inficionando á la continua el ambiente; en que para fin de fiesta, las familias fecundas, como pobres, se ven obligadas á vivir en el hacinamiento, durmiendo apareados los individuos. Pues por si era poco, la limpieza del pozo negro echaba á volar por el patio los gérmenes de todas las infecciones. Unos cuantos carros-bombas que llevan las mulas, un poco

de ácido y un copito de vapor han borrado esa terrible página de la historia de la miseria de Madrid. ¡Dios bendiga á los sombríos carros grises y á la chimenea negra ambulante!

El volquete.— Es el «golfo» de los carros de la limpieza. Su misión humilde, aunque necesaria, es tan baja, llevar á verter escombros, que nadie se cuida de su indumentaria; así, unas veces es zanquilargo, otras tiene una caja muy larga ó muy alta, y con frecuencia sus ruedas andan tan flojas de cubo que se meten debajo del volquete, pareciendo que van á romperse, y se apartan luego sin simetría, sometiendo al carrito á una trepidación loca que le hace ir dando tumbos. Tira de la máquina una mula medio seca, con unas guarniciones atadas á veces con sogas. Su paso se señala en los empedrados por la estela de yeso

que derrama en los balances. Si el volquete fuera un sér animado, comería el rancho sobrante de los cuarteles, cogería colillas y dormiría en un desmonte.

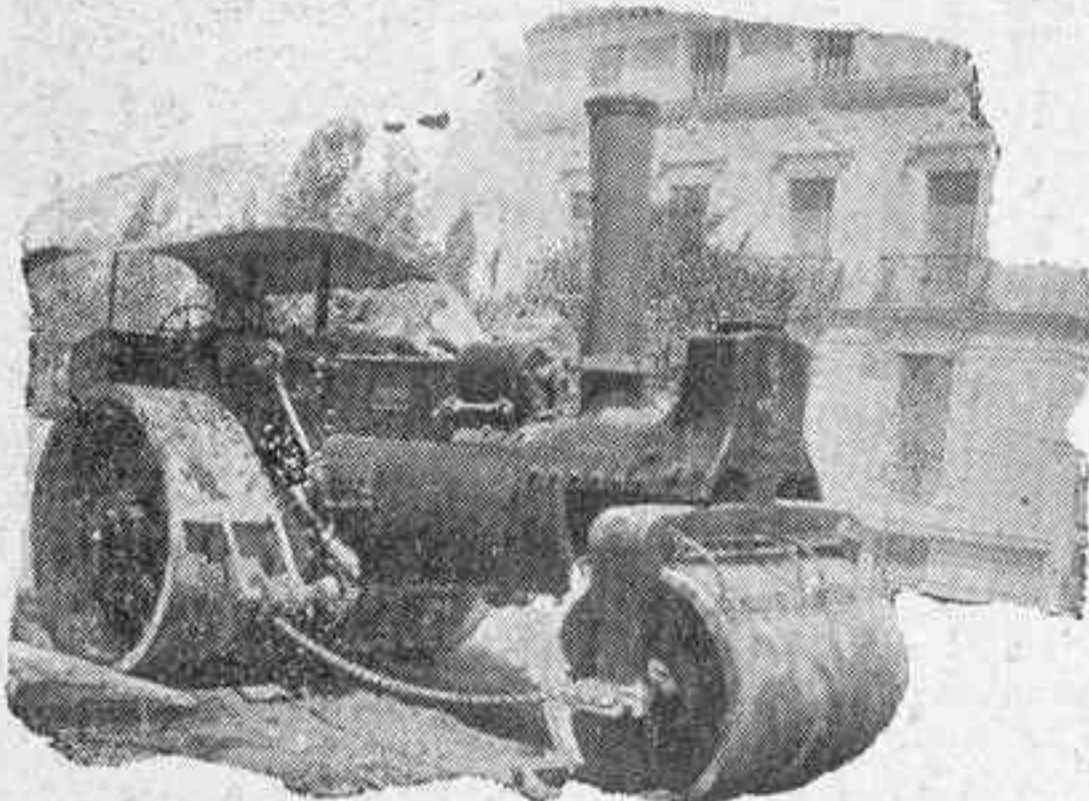
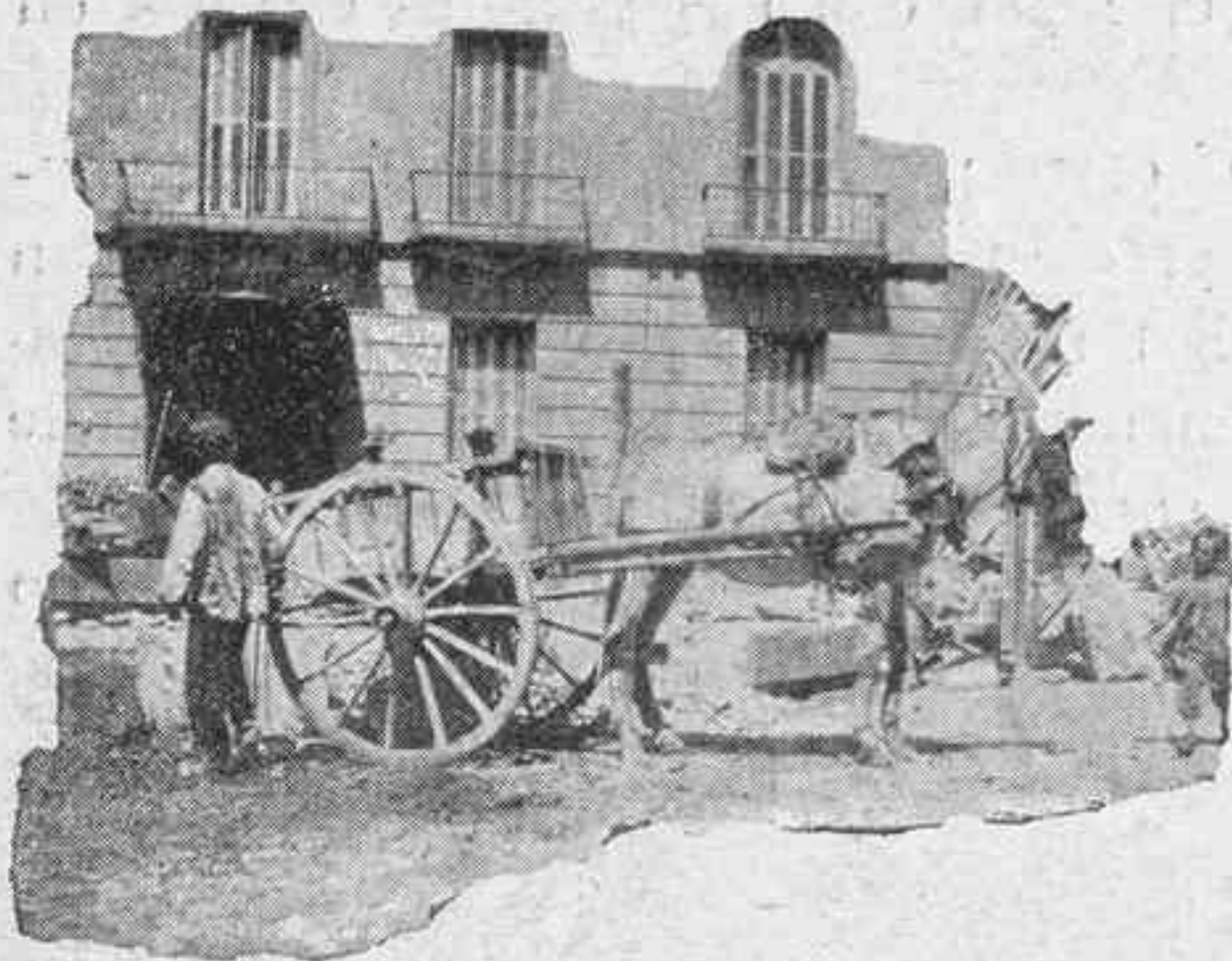
La carricuba.— Su servicio ordinario es matar el polvo en las avenidas de los paseos que aún no poseen cañerías de riego; el extraordinario, acudir á los incendios para que el heroico bombero disponga del mayor caudal posible de agua. Y cumpliendo á diario el primero, y realizando cuando la ocasión lo exija el segundo, lleva años y años, con la misma forma pesada que cuando corría la regencia de Espartero, con su conductor empingorotado en un pescante altísimo y su regador cogido á la mangueta posterior, arrastrado por ella, y esparciendo en el arenoso piso la lluvia menuda que suelta el irrigador como una peinetas de gotas.

Pintada de verde claro y con su conductor en mangas de camisa, aparece entre los árboles en las primeras horas de la tarde. Su nota viva es símbolo de buen tiempo, de sol, de cielo sereno, de otoño ó primavera. En invierno sale poco: sólo en los días radiantes y tranquilos. Dentro de la plebe de los carros, hay en la carricuba algo de alegre y burgués. No galopa jamás, acostumbrado á dejar caer suavemente el agua en la tierra. Cuando más, trota al quemarse alguna casa. Quizás por esa cómoda obligación la aborrecen sus demás camaradas de ruedas.

La pisadora á vapor.— Es el símbolo moderno de la policía en las populosas poblaciones. Sus ruedas son dos grandes cilindros de piedra giratorios, sobre los que gravita su esbelto cuerpo de locomóvil, con sus palancas, sus émbolos y su chimenea. Posee á la par la fuerza y la gracia. Deja los pisos de las avenidas como tableros de mármol, y se la ve trabajar arrogante, sin cansancio, con su respiración igual y poderosa. Lo mismo echa una «pisada» á una plaza que se entra por un paseo; pero en Madrid sus zonas predilectas son las del ensanche. Se la conoce que se extasía entre árboles y hoteles.

Y sin embargo, creo para mis adentros que la pisadora á vapor es una máquina triste, porque en su seno siente hervir una caldera que la haría volar, porque ha nacido automóvil y la mala suerte la ha dotado de dos ruedas enormes de piedra, de dos pies de gotoso.

(Fotografías de Asenjo.)



ALFONSO PÉREZ NIEVA.

EL OTOÑO EN MADRID.—LAS TARDES DE RECOLETOS



CUPIDO, VENUS Y..... ARGOS, DIBUJO DE ALBERTI.



EL AUTOR.

DE ACTUALIDAD

TOREROS Y COMEDIANTES ó LA VICARÍA

Sainete en verso original de D. Ceferino Palencia,
estrenado en el teatro de la Princesa el lunes de la presente semana



ESCENA PRIMERA.

La inauguración del lindo teatro de la Princesa ha ofrecido la novedad de estrenarse en ella un sainete en un acto, titulado *Toreros y comediantes, ó la Vicaría*, original de Ceferino Palencia.

Tratándose de una producción del celebrado autor de *El guardián de la casa*, creemos ocioso decir que es una obra literaria admirablemente escrita y salpicada de cultísimos chistes, inofensivos, aun para los más castos oídos.

Divídese el sainete en tres cuadros, desarrollándose el primero en un merendero á orilla del Manzanares; el segundo en la calle de la Pasa, y el tercero en la Vicaría.

Intervienen en la nueva obra personajes históricos, tales como Moratín, Comellas, su eterno enemigo, y el famoso Goya.

La acción es sencillísima y está desarrollada con sumo arte y pleno conocimiento de la escena. El primer cuadro es muy movido y tiene verdadero sabor de época. La escena del baile fué unánimemente aplaudida por su originalidad y notable interpretación.

Como modelos de buen decir merecen citarse los diálogos entre *Pepita Ríos* (Sra. Tubau) y *Curro Guillén* (Sr. Gar-

cia Ortega), y entre *Goya* (Sr. Valero) y *Moratin* (Sr. Prado). El público premió la labor del autor y de los artistas con justos aplausos.

En la interpretación del sainete ha tomado parte toda la compañía; desde la eminente María Tubau hasta el último racionista, y justo es consignar que todos ellos han cooperado eficazmente, en la medida de sus fuerzas, al buen éxito de la obra.

ESCENA VI.

(FRAGMENTO.)

PEPITA.

Comienza: sólo minutos
puede durar nuestra plática.
¿Estás curado?

CURRO.

Según
y cómo.

PEPITA.

Bien: menos cháchara.

CURRO.

Y menos provocaciones
por parte tuya.

PEPITA.

¿Quién habla
de provocaciones?

CURRO.

¿Yo?

PEPITA.

¿Pues no hace ya seis semanas
que en un arrebato injusto
de celos, mejor, de rabia,
de vanidad, de amor propio,
que es lo que nunca te falta,
huiste del lado mío,
afirmando, entre amenazas,
que habías de verme pronto
á tus pies arrodillada,
pidiéndote una limosna
de cariño? ¡Buena traza
de ganar los corazones!
¿Con qué dómine de Cabra
aprendiste galanteos?
¿Quién te enseñó la Gramática
del amor? ¡Lindo sistema!
¿Ó piensas, en tu arrogancia,
que las mujeres son toros,
y es el mundo una gran plaza
donde, cual rey absoluto,
fieras y gente avasallas?

CURRO.

¿Y tú te crees que un hombre
es un perro que se arrastra,
y lame la mano misma
que le pega y le maltrata?

PEPITA.

No hablemos de malos tratos,
porque te saco ganancia.



ESCENA VI.

PEPITA (Sra. Tubau) Y CURRO GUILLÉN (Sr. García Ortega).

CURRO.

Yo te quiero para mí,
para mí sólo....., tú callas
ahora, que estoy yo hablando
y explicándote mis ansias.
Yo quiero, si es que respiras,
sentir tu aliento en mi cara,
y si abres los ojos, que
sean todas tus miradas
rayos que á mí me iluminen
y me abrasen las entrañas.
Que si despliegas los labios
no pronuncies más palabras
que aquellas que, por lo ardientes

y lo dulces, me emborrachan,
y en fin, quiero tu albedrío,
tu voluntad.

PEPITA.

¡Una esclava!
¿no es así? Pues puedes irte
á las Indias á buscarla,
porque á mí no se me compra
ni tampoco se me manda;
se me ruega, y aun así,
si me rindo, hay que dar gracias.
.....

Muriel ha pintado tres hermosas decoraciones que, como todas las suyas, han merecido sinceros plácemes.

La obra ha sido puesta en escena con verdadero lujo y admirable propiedad. María Tubau lució un traje en el primer

cuadro que es un prodigio de elegancia y de buen gusto. También merece alabanzas el que vestía el joven actor Sr. García Ortega.

Valero y Prado han caracterizado, con notable exactitud, los personajes que interpretaban.



FINAL.—LA VICARÍA, COPIA VIVIENTE DEL CÉLEBRE CUADRO DE FORTUNY.

El final de la obra causó un efecto sorprendente. Es un cuadro plástico que representa el del malogrado Fortuny, *La Vicaría*, en el que no falta el detalle más insignificante, en lo cual se reveló la experta dirección de Ceferino Palencia.

El aplaudido maestro compositor Sr. Salaverry ha escrito para esta obra un minué y una seguidilla, siendo ésta última bailada, muy bien por cierto, por cuatro señoritas, á quienes el público aplaudió con entusiasmo.

En resumen: un éxito más para Ceferino Palencia, quien ha probado, por su parte, que en el trabajo propio de los *currinches* también se dan obras maestras de tanto mérito como la que motiva estas líneas.

(Fotografías de Compañy.)

SORIANO.

